

# URUGUAY 1968: UNA NUEVA MIRADA HISTÓRICA CUARENTA AÑOS DESPUÉS

Ana María Buriano Castro

Instituto Mora, Mexico. E-mail: aburiano@institutomora.edu.mx

Recibido: 19 Febrero 2009 / Revisado: 24 Marzo 2009 / Aceptado: 8 Abril 2009 / Publicación Online: 15 Junio 2009

**Resumen:** El movimiento contestatario latinoamericano de los 60 se inscribió en el ciclo planetario a partir de una pluralidad de configuraciones y motivos. Desde el muy sangriento 68 mexicano al norte hasta el extremo sur del continente, los movimientos populares ganaron la escena y fueron responsables de los intentos de transformar un mundo que sentían periclitado. ¿El 68 latinoamericano se subió, en un movimiento inercial, a la cresta de una ola cuyo centro estaba fuera del continente o, fue un componente orgánico de la misma? Convencidos tanto del potencial dinamizador de aquellas expresiones, como de su concurrencia con una crisis histórica del sistema predominante, el objetivo de este artículo es estudiar desde el presente el periodo 1968-1971 pasado, en Uruguay pasado, a nivel de relato y análisis de coyuntura, como expresión del carácter proteico de las propuestas manejadas en el marco de las luchas sociales latinoamericanas.

**Palabras Clave:** Pacheco Areco, Uruguay, 1968, movimiento sindical, movimiento estudiantil, represión.

## 1. URUGUAY, 1968: UNA NUEVA MIRADA HISTÓRICA CUARENTA AÑOS DESPUÉS

Algunos sectores del pensamiento francés, a izquierda y derecha, vaticinan que este cuarenta aniversario será la última conmemoración a gran escala del 68, ya por la enorme saturación de publicaciones conmemorativas que difícilmente puedan ser revisadas en una década, ya por el llamado de Sarkozy a “liquidar la herencia del 68” y sus funestas secuelas<sup>1</sup>.

Salvando los diferentes contextos europeo y latinoamericano, los vaticinios relativos a la incapacidad histórica de la memoria sesentayochera para cumplir sus bodas de oro habría que considerar, con un dejo de optimismo, las observaciones de los teóricos de la memoria cuando establecen que sólo se olvida definitivamente aquello del pasado que un grupo humano aprendió pero no logró transmitir a la posteridad. Podríamos concluir que se han hecho esfuerzos importantes para garantizar esta transmisión y que no han existido el “rechazo, indiferencia e indolencia” necesarios para no recordar<sup>2</sup>. No debe pasar desapercibido que este cuarenta aniversario del 68 cuya continuidad memorística se ve cuestionada, se enfrenta al desafío de hacer irrumpir el pasado más o menos reciente en medio de las memorias bicentenarias y centenarias, en un trienio saturado de conmemoraciones; demasiadas y concentradas: este año: 1808 la debacle de la monarquía hispánica, 1968 la serie de rebeliones y acontecimientos polivalentes caracterizados como el fin del consenso liberal para occidente<sup>3</sup>; el próximo: 1809 la eclosión juntera en el continente, 1939 el fin de la guerra civil española y el inicio de la segunda guerra mundial, 1959 el medio siglo de vida de la revolución cubana, 1979 el triunfo de la revolución sandinista y por último: 1810 el inicio del movimiento de independencia, 1910 la revolución mexicana, como cierre de un ciclo intensamente conmemorativo. Pese a la saturación memorística, en la medida en que seamos capaces de mantenerlo amplio y plural, el espacio público será receptivo e insensible a cualquier intento de implantación monista de la memoria. Además, ¿qué mejor momento para apelar a la memoria presente del 68 pasado que el instante actual, desde el que emprendemos la conmemoración? Si acaso son ciertas aquellas propuestas de los análisis sociales, como el de

Wallerstein, que sitúan la insurgencia juvenil y popular que expresó su disenso cultural, como el hito señero del quiebre del sustento ideológico liberal del capitalismo mundial<sup>4</sup>, no podríamos encontrar una coyuntura más oportuna que el desplome de Wall Street para reflexionar sobre los múltiples significados de aquellos años finales de la década de los sesenta del siglo XX.

La novedad de estas cuatro décadas, como siempre ocurre en la historia, es el punto de observación de aquel pasado. No conmemoramos el 68, precisamente desde las glorias del presente, sino desde las muchas incertidumbres en el porvenir. Y este punto de mira exige intentar precisar de manera más específica el carácter de la confrontación latinoamericana, su real significado y peso en un torrente contestatario mundial pleno en acontecimientos polivalentes, que abarcó desde la ofensiva nordvietnamita del Tet a la derrota de los focos guerrilleros latinoamericanos al tiempo que florecían los frentes políticos; desde las luchas raciales en Estados Unidos a la Primavera de Praga, por no citar el mayo francés.

La insurgencia juvenil y popular latinoamericana ganó la escena con su propósito genérico de transformar un mundo que sentía periclitado. Desde el muy vistoso y sangriento 68 mexicano al norte, hasta el extremo sur del continente fue un componente orgánico que se introdujo y potenció el ciclo mundial a partir de las propuestas de cambios profundos que se manejaban en el continente, desde el triunfo de la revolución cubana. De esa manera, no se trató de un movimiento inercial que se subió a la cresta de una ola generada en maremotos lejanos, sino un actor de primer plano que buscaba *revolución*, palabra clave que condensa el periodo. ¿Cultural? Sí también, aunque menguada en su concepción y no del todo desprendida de los marcos sociales predominantes. Pero sobre todo revolución política y social, transformaciones radicales de lo heredado.

Este artículo se propone mostrar el 68 en Uruguay, un pequeño país austral donde el bien cultivado y acariciado mito de la armonía saltó por los aires ante el potencial dinamizador de estas luchas, en concurrencia con una crisis histórica del sistema predominante. El 68 uruguayo fue un hito de ruptura extremadamente violento, no sólo con la tradición política sino con el imaginario nacional que durante medio

siglo fue el basamento del país moderno. Aunque los soportes de ese imaginario habían periclitado una década antes no se había erosionado aún plenamente la representación que los uruguayos teníamos de nuestro país.

## 2. DEL MITO DE LA ARMONÍA A LA RUPTURA DE UN MODELO

Como todos los mitos, particularmente los de reciente creación, el de país chiquito pero armónico, culto, legalista e igualitario, se fundaba en un origen que lo justificaba<sup>5</sup>. El Estado uruguayo, había logrado consolidarse después de un agitado y sangriento siglo XIX bajo el signo de la pacificación. La paz que impuso José Batlle y Ordóñez<sup>6</sup>, representante de una de las fracciones del Partido Colorado, no supuso sólo el aniquilamiento de las guerras civiles que habían enfrentado a este partido con su histórico oponente, el Partido Blanco o Nacional, sino que implicó una transformación profunda del Estado uruguayo.

El modelo batllista de dominación<sup>7</sup> establecido en la primera década del siglo XX, basó su política en un amplio proceso de estatización y en el impulso a la industrialización sustitutiva y se encargó de internalizar la imagen de un país pacífico y armonioso donde los conflictos se resolvían en beneficio de todos a partir de una legislación social muy avanzada, una especie de Atenas del Plata igualitaria, sin clases sociales reconocidas, en la que cualquier ciudadano podía alcanzar un ascenso social moderado a partir del acceso irrestricto a la educación superior. Para el afianzamiento de su proyecto contó con el apoyo de los sectores medios extendidos en la sociedad, muchos de ellos migrantes recientes. Batlle logró mantener el relativo contento de distintas grupos sociales a partir de un amplio criterio redistribuidor de los amplios excedentes que captó el país<sup>8</sup>.

Aun después de la desaparición de su figura, el modelo de Estado benefactor encontró en el sistema político, particularmente en su núcleo central el subsistema de partidos, un excelente vehículo de transmisión. Este sistema -basado en complejos mecanismos de coparticipación de los partidos en el ejercicio del gobierno -incluso con representación de las minorías en un cuerpo Ejecutivo colegiado<sup>9</sup>- contempló gran parte de los reclamos de la sociedad civil y posibilitó la reproducción del sistema sin contratiempos mayores, durante medio siglo<sup>10</sup>. Lejos de negar la existencia de conflictos siempre latentes a

partir de inequidades sociales, concentración de las tierras y los capitales, que dieron lugar a luchas promovidas por un movimiento sindical fuerte y no cooptado, puede afirmarse que el mito de la armonía caló hondo en una sociedad orgullosa de vivir en “la tacita del Plata”. La ideología nacional reformista que promovió el batllismo llegó a convertirse casi un modo de vida de la sociedad uruguaya, una forma de la idiosincrasia nacional<sup>11</sup>.

Sobre esta realidad golpeó la crisis de posguerra una vez que se esfumaron los efímeros efluvios de la bonanza que generó el conflicto de Corea. El sistema político asentado sobre la cuidadosa construcción de un Estado benefactor no lograba concebirse a sí mismo sobre otras bases, hasta tal punto que a mediados de los 50, el presidente colorado Luís Batlle Berres trató de reinvertir la utopía de su tío<sup>12</sup> y afirmó en una alocución, en 1954: “Hace algunos meses tuve la oportunidad de viajar por Europa y de ver un poco cómo funcionan esos países. Así llegué hasta Suiza sobre la cual hemos oído hablar mucho. También hemos oído muchas veces que el Uruguay es la Suiza de América. Luego de haber visitado Suiza yo puedo asegurarles que este país puede ser considerado como el Uruguay de Europa<sup>13</sup>”.

Pese a estas promisorias expectativas su gobierno finalizó en medio del descontento popular que detonó a partir de la lucha del movimiento estudiantil universitario por la aprobación de la Ley Orgánica que consagrara plenamente la autonomía de la Universidad. Detrás de este movimiento se precipitaron y expresaron, en grandes manifestaciones, todos los descontentos sociales que la crisis había generado. Poco después, en 1958, el Partido Colorado perdió por primera vez un poder que había ejercido ininterrumpidamente durante los últimos cien años.

El Partido Nacional logró así su aspiración histórica de gobernar el país. Casi inmediatamente conformó una comisión de académicos y técnicos a la que le propuso un diagnóstico y la formulación de planes de desarrollo. Si bien no hizo demasiado caso de las propuestas de tono desarrollista que emergieron de la Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico (CIDE) es interesante considerar el retrato no del todo mal logrado que hizo esta comisión sobre el Uruguay de principios de los 60. El informe CIDE, describía a la sociedad uruguaya como cabizbaja y muy

conservadora. Pese al dinamismo que había manifestado a principios de siglo había caído entonces en un inmovilismo colectivo a partir de su aferramiento a valores cuya capacidad aglutinadora había caducado. Una sociedad dominada por un ideal de seguridad y regida por un Estado ineficiente, pensado por políticos anteriores a 1930, que habían hecho del sistema político un fin en sí mismo<sup>14</sup>. Una sociedad envejecida, a partir de la temprana adopción de pautas demográficas de corte europeo<sup>15</sup>, daba por resultado el país viejo y conservador, de grisura edilicia urbana que describía el especialista húngaro Tibor Mende en los siguientes términos: “Como Suiza en Europa, Uruguay en América es un símbolo de estabilidad, de seguridad y de libertad política.... Paseando por sus calles se tiene la impresión de que toda la energía revolucionaria de una nación puede ser agotada y obliterada por la prosperidad. Una vez terminado su élam, no queda más que una comunidad altamente ilustrada y amiga del progreso, pero a la que le falta visiblemente el color local y el elemento estimulante<sup>16</sup>”.

### **3. LA ALTERNANCIA DE LOS PARTIDOS, EL FRACASO DE LOS NUEVOS ENSAYOS Y LA PROFUNDIZACIÓN DE LA CRISIS**

Con este panorama tan poco alentador inició su gobierno el Partido Nacional. Durante los ocho escasos años en los que logró retener el gobierno aplicó dos modelos alternativos al industrialista que históricamente habían impulsado los colorados. En un primer momento intentó el regreso al campo en detrimento de los beneficio del sector industrial<sup>17</sup> y, en un segundo periodo sometió el país al liberalismo económico y firmó las primeras cartas de intención con los organismos financieros internacionales<sup>18</sup>. Lógicamente agudizó la crisis<sup>19</sup>. El fin del gobierno colorado y los ocho años de gobiernos blancos fueron indicativos de una primera fase crítica<sup>20</sup>. Si bien el Partido Nacional intentó cercenar conquistas sociales y reprimió, no se decidió francamente por la aplicación a sangre y fuego del modelo liberal puro. Todos los estudios sociales concuerdan en que estas mismas fluctuaciones y vacilaciones abrieron un espacio de indefinición por el que irrumpió la capacidad de presión de todas las organizaciones de la sociedad civil. Particularmente, del movimiento sindical que logró en esta etapa los mejores éxitos en cuanto a su organización y unificación.

Un movimiento fuerte, crecido al abrigo de la industrialización del Uruguay, con total independencia de los partidos tradicionales y con direcciones de izquierda, generalmente comunistas, obtuvo a lo largo del siglo importantes conquistas sociales que posibilitaron el avance paulatino de la unificación sindical. Proceso que se concretó plenamente, entre 1965 y 1966, en dos instancias sucesivas: un congreso del que emanó un programa popular alternativo, denominado Programa de Soluciones Nacionales a la Crisis<sup>21</sup>, en torno al que se congrega el conjunto de las organizaciones sindicales. Y no exclusivamente las obreras o de servicios, sino los fuertes sindicatos bancarios, los de la enseñanza en sus tres ramas, incluso la superior de docentes y profesionales universitarios. Hubo así, un verdadero desplazamiento de los sectores medios golpeados por la crisis a través de su integración al movimiento contestatario. La Convención Nacional de Trabajadores (CNT), constituida en 1966, se convirtió en una poderosa organización unificada, con amplia capacidad de convocatoria y de generación de contrahegemonía<sup>22</sup>, en la medida en que poseyó un programa de alcance nacional, antiimperialista, agrario e impulsor de la industria nacional<sup>23</sup>.

El bloque dominante se redefinió al unísono con el reordenamiento económico. El sector agroexportador se debilitó en la medida en que se fortalecía el financiero ligado al extranjero<sup>24</sup>. Y esta redefinición de las clases altas coincidió, además, con un momento en que ambos partidos tradicionales sufrieron recambios en sus elencos políticos a partir de la muerte de sus principales figuras. Este recambio generó la incorporación de una nueva generación con algunos, pocos, buenos políticos pero muchos otros hombres nuevos, segundones, con poco que perder en el plano electoral y con baja internalización de las tradiciones democráticas y del manejo de la mediación. El resultado concreto de la alternancia de los partidos en el plano económico fue un proceso inflacionario sin precedentes, con fuga de divisas, devaluación monetaria gigantesca y endeudamiento exterior.

Al haberse producido una rotación, el sistema político se relegitimó y de alguna manera los Blancos, por nuevos, por haber esperado cien años para gobernar generaron una expectativa que se frustró. Bajo estas condiciones el Partido Nacional perdió las elecciones de 1966 y los colorados reasumieron el gobierno en una

jornada electoral en la que, simultáneamente se plebiscitó y aprobó una reforma constitucional que sustituyó el ejecutivo colegiado e implantó uno unipersonal, dotado de fuertes poderes y con primacía frente al legislativo<sup>25</sup>.

Ante la pérdida de confianza la campaña electoral enfatizó la necesidad de llevar al gobierno a un hombre honrado, efectivo y buen administrador; lo que se quería decir realmente era un hombre fuerte pero aún era impúdico expresarse de manera tan explícita. El candidato colorado triunfante fue un general retirado, Oscar Gestido, algo insólito en una sociedad tan civilista como la uruguaya. Claro que no se enfatizaba su rango castrense, sino el haber administrado con eficiencia y honradez los ferrocarriles del Estado. Su imagen estaba fincada en que no era un político, ni había robado. Gestido gobernó muy poco tiempo. Asumió en marzo de 1967 y murió en diciembre de ese mismo año. Trató de mediar al inicio de su mandato, pero terminó enfrentado a los trabajadores<sup>26</sup>. Fue así, el último presidente uruguayo anterior a la implantación dictatorial, que caminó tranquilo por las calles de Montevideo como siempre lo habían hecho sus antecesores.

#### 4. LA DICTADURA CONSTITUCIONAL DE JORGE PACHECO ARECO

A su muerte y de acuerdo a la constitución asumió el vicepresidente Jorge Pacheco Areco. Carlos Real de Azúa, con genial ironía le dedicó los siguientes trazos biográficos, difíciles de evitar aun en una referencia resumida: “De familia antigua aunque modesta, y sin otra actuación pública o privada, que inconclusos estudios de derecho y un persistente entusiasmo por el boxeo, Jorge Pacheco despertó, en plena juventud, la simpatía de su pariente César Batlle Pacheco, el retraído hijo mayor de Batlle y Ordóñez. ...El brioso púgil, de viril arrogancia, vio abiertas entonces, ... las puertas del diario *El Día*, el legendario bastión periodístico del batllismo. ... Tras desempeñar paralelamente funciones aduaneras de las que salió con renombre de probo sino de laborioso, y luego de cuatro años más, durante los cuales, electo diputado por Montevideo, mantuvo en el parlamento un mutismo casi invariable Pacheco debió abandonar ... *El Día* ... a raíz de su adhesión a la candidatura presidencial del general Oscar Gestido<sup>27</sup>”.

En esencia, Pacheco era un Mario, un hombre nuevo sin compromisos reales con la clase política. Quizá esa misma condición le aseguró la vicepresidencia, una nominación de relativamente poca relevancia, desechada antes por políticos de primer nivel<sup>28</sup>. Su mismo carácter anodino lo presentaba como incapaz de hacer sombra a la figura de Gestido. Lo que se implantó durante su gobierno fue un estado de transición entre el periclitado Estado batllista y la dictadura cívico militar que se impondría en junio de 1973. La transitoriedad del régimen estuvo marcada por la tendencia a manejar el poder fuera de los límites constitucionales, apoyado en un solo artículo de la Constitución, aquel que lo dotaba del derecho de implantar Medidas Prontas de Seguridad<sup>29</sup> en caso de ataque exterior o conmoción interior, es decir un Estado de sitio permanente, con el sometimiento del Parlamento, con un continuo gobernar por medio de decretos de urgente aprobación, con la creación de instituciones inexistentes, con desconocimiento de las estructuras políticas de los partidos. Pese al estado de disolución del modelo de legalidad imperante en el país se mantuvo un marco pseudo legal, sin suprimir las instituciones vigentes, aunque se las “vaciará de contenido”, como sostuvo el análisis político de la época. La de Pacheco fue una verdadera dictadura constitucional<sup>30</sup>.

Si bien Gestido había incorporado algunos tecnócratas a su gabinete Pacheco culminó la tendencia. El político profesional fue reemplazado y sus ministros fueron hombres desconocidos en la vida política, abogados de empresas extranjeras, empresarios y banqueros<sup>31</sup>. Fueron lo que Real de Azúa, utilizando la categoría de Mills<sup>32</sup>, llamó “el intruso político”, hombres que introdujeron una perspectiva productivista, gerencial y tecnocrática indiferentes a sus efectos sociales y humanos<sup>33</sup>. Fue este sector el que, además de copar los aparatos del Estado, generó un movimiento político, bastante exitoso por cierto, en torno a la absurda figura de Pacheco para convertirlo en el hombre fuerte que necesitaba el país, el presidente “que ponía el pecho”, según decían, a las resistencias que su política levantó<sup>34</sup>.

A la semana de asumir el poder, Pacheco clausuró un periódico e ilegalizó a seis partidos políticos de izquierda, entre ellos al Partido Socialista que tenía una larga tradición nacional<sup>35</sup> y, como era diciembre de 1967, Pacheco y la vida nacional entró en el largo

periodo vacacional de verano. Poco ocurrió hasta marzo -abril del 68. El peso se había devaluado en un 100 % en diciembre de 1967 y volvió a perder otro 25 % en abril de 1968, en medio de operaciones fraudulentas e infidencias que favorecieron a algunos. Los estudiantes de la enseñanza media se agitaban en luchas para lograr el subsidio estudiantil a sus boletos de transporte público<sup>36</sup>. Se sucedían reivindicaciones salariales y presupuestales de los trabajadores y de la Federación de Estudiantes Universitarios (FEUU). En fin, había un clima de agitación generalizado.

El 13 de junio de 1968 Pacheco implantó por decreto el Estado de sitio (Medidas Prontas de Seguridad)<sup>37</sup> y el enfrentamiento comenzó a volverse extremo. El 18 de junio, la CNT y la FEUU organizaron un paro general acatado de manera unánime. Pacheco respondió el 24 de junio militarizando al personal de la Banca estatal y a los trabajadores de los entes del Estado. Medida que extendió después a los trabajadores de la Banca privada y del transporte. Esta forma represiva carecía de precedentes en el país y, por supuesto, era inconstitucional. Los trabajadores quedaron sometidos a los códigos y tribunales militares. Toda acción gremial se castigaba con confinamientos en cuarteles a donde eran llevados los trabajadores, en tandas de varios centenares que se renovaban con periodicidad mensual o se les destituía por “deserción”<sup>38</sup>.

Pacheco, dispuesto a cumplir las recomendaciones del Fondo Monetario, decidió exterminar ese gran mecanismo de mediación que eran los concejos de salarios, unas comisiones tripartitas estatales y obrero-patronales creadas en la década de los 40, que acordaban los ajustes. El 28 de junio congeló por decreto los salarios al nivel que tenían en diciembre de 1967; también lo hizo con los precios, pero a junio del 68 en medio de una inflación galopante.

En medio de este clima, que ya había transitado de crispación a enfrentamiento, se desató el accionar de la guerrilla urbana del Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros (MLN-T)<sup>39</sup>, surgida algunos años antes pero sin gran visibilidad pública hasta entonces. Durante el 68 las acciones de este movimiento se expresaron en actos de propaganda armada, algunos asaltos que les proveían de dinero o armamento y secuestros, entre ellos, el de un funcionario público directamente vinculado con Pacheco,

Ulyses Pereira Reverbel, director de una empresa estatal. Agosto y septiembre del 68 fueron los meses del más fuerte choque entre el gobierno y la Universidad. El 9 de agosto el Ejecutivo ordenó a las fuerzas policiales violar la autonomía universitaria. Fueron allanados, en la madrugada, el local central y varias facultades bajo el pretexto de encontrar ahí la cárcel del pueblo donde Tupamaros tendrían recluido a este funcionario. No era más que una provocación pero constituía un avance más de rupturismo, al atacar una institución tan respetada como era y es la Universidad de la República. La respuesta estudiantil y no sólo estudiantil sino con la participación activa del conjunto de los universitarios, las autoridades, el rector, los decanos, los consejos y claustros, fue grande y contundente<sup>40</sup>.

Tan contundente como la represión, con nuevas armas antimotines, con granaderos a caballo y con perros. Con los caballos había una larga experiencia desde las luchas por Ley orgánica diez años antes, pero los perros eran una novedad ineficiente pero terrorífica<sup>41</sup>. Sin embargo, ayudó mucho a superarla la experiencia que transmitió la Federación Universitaria Argentina (FUA), acuñada en el periodo de la dictadura de Onganía, en 1966. Ellos enseñaron algunos antidotos para los perros; soluciones crueles que provocaban pérdidas materiales importantes, ya que los perros eran heridos durante los ataques o se les arrojaban sacos con gatos; en la persecución los animales entraban a los bazares de cristales finos y porcelanas importadas y lo destruían todo.

Sin embargo, el uso de armas de fuego era una novedad más peligrosa. En los días inmediatos a la violación de la autonomía, una manifestación de estudiantes de la Facultad de Veterinaria fue atacada por una unidad policial que disparó a quemarropa. Con tan mala suerte para el pachecato que el estudiante muerto tenía un nombre que era consigna en sí mismo. Se llamaba Liber Arce y de ahí a “Liberarse” sólo mediaba una letra. Su sepelio y entierro fue la mayor concentración ocurrida en el Montevideo predictatorial. Muy pocos capitalinos dejaron de asistir, ya porque acompañaran todo el cortejo o porque lo esperaron en las propias calles por donde pasaba. Con niños de enseñanza primaria pública y privada, de instituciones católicas, con monjas y clérigos al frente, tañendo las campanas de las iglesias al paso del entierro. En comparación a la masacre de la plaza de Tlatelolco, esta muerte solitaria puede parecer

insuficiente para una reacción tan extrema, sin embargo, el carácter multitudinario de este funeral fue reflejo del rechazo de la sociedad a la ruptura de su muy arraigado estilo de convivencia pacífica<sup>42</sup>.

La ofensiva de Pacheco ya no tenía freno. Los enfrentamientos continuaron en septiembre. El uso de proyectiles de fragmentación (escopetas de perdigones) provocó nuevos mártires y algunos más en los años subsiguientes del régimen, tanto en las muy combativas manifestaciones estudiantiles como entre las marchas obreras. Sobre fin de año, el Ejecutivo dio orden al ejército de tomar los locales universitarios para detener la insurgencia que florecía todos los días. El Ejército no entró. Sólo se estacionó frente a las puertas impidiendo la entrada y nunca fue atacado por los manifestantes. Realmente quien debió cumplir la orden de esta nueva agresión a la Universidad fue el general Liber Seregni, jefe entonces, de la región militar No. 1, la más poderosa del país. En noviembre del 68, el general Seregni, quien luego sería el primer candidato a la presidencia del Frente Amplio, pidió pase a retiro hartado y asqueado de tener que cumplir las órdenes de un Ejecutivo que tan pronto le llenaba los cuarteles de obreros o le mandaban poner los soldados frente a las facultades, que manoseaba la institución y afectaba el tranquilo ritmo de burocracia estatal que había sido hasta entonces<sup>43</sup>. Detrás de Seregni se produjeron una serie de bajas en los mandos liberales y civilistas, de manera que este sector quedó descabezado o, por lo menos, muy afectada su representación dentro de las fuerzas armadas.

Pacheco no tuvo un solo día de calma durante su primer año de gobierno. Un paro general o más por mes, manifestaciones diarias, de modalidad relámpago, en fin expresiones diversas e intensas de repudio a su política represiva, de prensa y radio constantemente clausuradas por la menor mención. Sin embargo, la política de contención frenó e hizo descender momentáneamente la inflación, al tiempo que una propicia coyuntura exportadora nacional, benefició al régimen.

El tradicional verano uruguayo de 1969, con sus vacaciones en las playas, fue trasmutado por “un verano caliente”, con obreros muertos, con grandes huelgas bancarias. En 1970, Pacheco intervino la enseñanza primaria y secundaria. Reemplazó a las autoridades de estos entes por una represiva comisión interventora. El

estudiantado de la enseñanza media y técnica copó el primer plano de la escena, junto con los sindicatos docentes. El aquelarre fue mayúsculo, de manera que la interventora decidió, a principios de agosto de 1970, aduciendo que la capital vivía una epidemia de gripe aguda, clausurar los cursos por los cuatro meses restantes del año<sup>44</sup>. Los docentes los impartieron en las calles y plazas hasta que, finalmente la comisión interventora fue sustituida.

Sin desconocer que en 1969, Tupamaros realizó una acción de envergadura<sup>45</sup>, 1970 fue el año de auge de este movimiento. El de los grandes secuestros a cónsules y embajadores, como el de Brasil y Gran Bretaña y particularmente, el de Dan Mitrione, asesor estadounidense en torturas a los servicios de inteligencia de la policía uruguaya<sup>46</sup>, secuestro seguido de la muerte ante la decisión de Pacheco de no realizar el canje de prisioneros que se le exigía. Fue época de operaciones rastrollo, allanamiento de colonias enteras casa a casa en busca de los secuestrados y de conculcación de las garantías individuales. Además, como siempre ocurre con las políticas económicas de contención, la inflación antes conjurada, se disparó nuevamente y se produjeron quiebres bancarios.

1971 fue año electoral y el gobierno de Pacheco no había logrado derrotar al movimiento popular. Por el contrario, se vivía el contagio triunfalista que daba la reciente victoria de la Unidad Popular chilena. Es que el 68 uruguayo no se resuelve en un solo año. Aunque el país había logrado sacudirse la pachorra histórica, aunque nuevos sectores sociales ingresaron a la lucha y le imprimieron una dinámica diferente al ritmo social, en Uruguay nada ocurría de manera rápida, todavía.

1971 fue un año de resultados polivalentes. Dos hechos deben resaltarse como cierre de este *racconto*:

Uno es de signo inmensamente positivo. Se trata del surgimiento, entre febrero y marzo del Frente Amplio, una coalición política que no sólo agrupó a la izquierda sino que conjuntó a sectores relativamente pequeños desprendidos de los partidos tradicionales, y al Partido Demócrata Cristiano. Este Frente adoptó como suyo el Programa de Soluciones Nacionales a la crisis que elaborado en el Congreso del Pueblo y que era bandera del movimiento sindical y logró una representación, en las elecciones de 1971, superior a la que habían obtenido sus integrantes

separados. Pese a que estaba aún muy lejos de compararse con el electorado de los partidos tradicionales, la formación del Frente y su candidato, el entonces general retirado Liber Seregni, asustó a las derechas, al punto que Pacheco gestionó, según se descubre en medio de la desclasificación de los archivos internacionales, una invasión del Brasil dictatorial en caso de que se produjera el triunfo de la coalición<sup>47</sup>. El Frente Amplio logró menos del 20% de los votos, sin embargo, se introdujo como una cuña en el tradicional sistema bipartidista del país.

El otro acontecimiento es de signo negativo. Como respuesta a una muy bien planificada y masiva fuga de los penales femeninos y masculinos poblados de Tupamaros, Pacheco resolvió que los organismos de seguridad policial no eran confiables para detener la “subversión” y conformó, el 9 de septiembre de este año, las Fuerzas Conjuntas. Se trató de un órgano dirigido por los comandantes en jefes de las tres armas, ejército, marina y fuerza área encargado de coordinar todos los cuerpos policiales del país. De esta manera involucró a las Fuerzas Armadas a un plano superior del enfrentamiento político. Después, no hubo marcha atrás posible. Restaban aún dos años para que se consumara el golpe de Estado y en función de este largo tránsito, analistas del militarismo latinoamericano, lo señalan como el golpe de Estado más largo del continente, en el siglo<sup>48</sup>.

Pese a la tenacidad de la resistencia no predominó en el movimiento sindical, estudiantil y popular un acuerdo unánime. Era imposible que así ocurriera. Nuevos sectores se incorporaban masivamente a la lucha, con otra experiencia o sin experiencia y sostenían discrepancias en torno a la forma que debía revestir el enfrentamiento al proyecto pachequista. Estos sectores, en ocasiones, rebasaban a las direcciones tradicionales y existe actualmente en Uruguay una intensa lucha por esta memoria. El análisis de la polémica entre las corrientes de la izquierda uruguaya en torno a la estrategia idónea para enfrentar la ofensiva de Pacheco exigiría, por sí sola, un estudio que excede los propósitos de este artículo, centrado en el relato y análisis de la coyuntura.

La ofensiva del régimen de Pacheco Areco hace aparecer en escena nuevos agentes aceleradores de la dinámica histórico-social del Uruguay del siglo XX. Suscita una contraofensiva popular,

de diferente dirección, con distintas metodologías pero abarcadora de un amplio espectro, que permite dar forma orgánica al movimiento contestatario, agudiza la crisis dentro de los partidos políticos tradicionales, provoca desprendimientos en su seno que confluyen en torno a un programa contrahegemónico y dan lugar a la creación de un extenso y heterogéneo conglomerado político, sin duda, el resultado progresivo de mayor trascendencia del periodo. El movimiento histórico tiene también otro signo. El enfrentamiento alcanza un nivel de profundidad tan alto, que obliga a introducir en la escena política y social a un nuevo protagonista, las fuerzas armadas, que alcanzarán proyección en el periodo inmediato. Ambos agentes aceleradores de signo contrario no actúan en una mera acción defensiva, sino que se introducen en el movimiento histórico, lo retroalimentan y le imponen su propia dinámica. La aceleración genera un encadenamiento crítico que termina por afectar la dominación<sup>49</sup>.

Finalmente, eso fue el 68 uruguayo. Un cuatrienio en el que se procesó la ruptura de un modelo, la alteración de un ritmo y una dinámica social. Fue también el preludio del horror que sobrevendría.

## NOTAS

<sup>1</sup> En abril de 2007, Sarkozy fustigaba, en un acto de campaña electoral, el “relativismo intelectual y moral”, el “cinismo”, “el culto al dinero” y los “descarrios del capitalismo financiero” “impulsado por los valores del 68”. Mandressi, Rafael, “La confusión reinante”. *Brecha*, Número especial (9 de mayo de 2008), s.n.

<sup>2</sup> Yerushalmi, Yosef, “Reflexiones sobre el olvido”, en Y. Yerushalmi, et al., *Usos del olvido*. Buenos Aires, Nueva visión, 1998, 13-26.

<sup>3</sup> Wallerstein, Immanuel, “El derrumbe del liberalismo” *Secuencia: revista de historia y ciencias sociales*, 28, 144-145.

<sup>4</sup> Ibid.

<sup>5</sup> Hobswam, Erick, “Inventando tradiciones”. *Historias*, 19, 1.

<sup>6</sup> José Batlle y Ordóñez gobernó Uruguay en dos periodos (1903-1907; 1911-1915) aunque mantuvo el liderazgo hasta su muerte, en 1929. Durante su primera presidencia derrotó el último levantamiento armado Blanco, liderado por Aparicio Saravia. Muerto el caudillo, se firmó la Paz de Acegüá que puso fin a las guerras civiles a partir de formas eficientes de pacificación.

<sup>7</sup> Modelo que, con el habitual personalismo, adquirió su denominación del fundador de la corriente.

<sup>8</sup> Vid. Vanger, Milton, *El país modelo: José Batlle y Ordóñez, 1907-1915*. Montevideo, Arca, 1983; Real de Azúa, Carlos, *El impulso y su freno: tres décadas de batllismo*. Montevideo, Ediciones Banda Oriental, 1964; Barrán, José Pedro; Nahum, Benjamín, *Batlle los estancieros y el imperio británico*. Montevideo, EBO, 1980-1987, 8 v.

<sup>9</sup> Varela, Gonzalo, *De la república liberal al Estado militar: Uruguay, 1968-1973*. Montevideo, Ediciones del Nuevo Mundo, 1988, 26-27.

<sup>10</sup> La sociedad privilegió, de manera absoluta, el acto electoral como fuente de la legitimidad, a partir de su fuerte compenetración con el Estado a través de la coestión de los partidos tradicionales. Vid. entre muchos valiosos textos, Lanzaro, Jorge, *Sindicatos y sistema político: relaciones corporativas en el Uruguay*, Montevideo, FCU, 1986; Rama, Germán, *La democracia en Uruguay: una perspectiva de interpretación*, Buenos Aires, GEL, 1987; Caetano, Gerardo; Rilla, José y Pérez, Romeo, “La partidocracia uruguaya: historia y teoría de la centralidad de los partidos políticos”. *Cuadernos CLAEH*, 44, 37-62; <Dutrénit, Silvia; Varela Gonzalo, “El sistema político uruguayo entre dos épocas: represión estatal y democracia tradicional”. *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, 68, 71-86; Caetano, Gerardo; Rilla, José, “El gobierno como cogobierno: despliegues y repliegues de la partidocracia uruguaya, 1943-1973”, en Jorge Lanzaro, (coord.), *La segunda transición en el Uruguay*, Montevideo, FCU, 2000.

<sup>11</sup> Dutrénit, Silvia, *Uruguay: el programa popular en la construcción de la contrahegemonía*. México, FLACSO, 1982, 15-18.

<sup>12</sup> Luis Batlle Berres fue sobrino de Batlle y Ordóñez. Lideró una fracción del Partido Colorado conocida como “neobatllismo” que gobernó con un breve interregno, entre 1947 y 1958, primero bajo un Ejecutivo unipersonal y luego uno colegiado.

<sup>13</sup> Cit. en Sierra, Jerónimo de “Consolidación y crisis del ‘capitalismo democrático’ en Uruguay”, en Pablo González Casanova, (coord.), *América Latina: historia de medio siglo*. México, Siglo veintiuno, 1979, 431.

<sup>14</sup> Cit. en Martínez Moreno, Carlos, “Crepúsculo en Arcadia: la institucionalidad y su derrumbe a la uruguaya”, en Luis Benvenuto et al., *El Uruguay hoy*. Buenos Aires, Siglo veintiuno, 1971, 415.

<sup>15</sup> En torno a la configuración demográfica del Uruguay de las primeras décadas del siglo XX, Vid. Barrán, José Pedro, Nahum y Benjamín, *Batlle, los estancieros...*, v. 1, 11-26; 47-67.

<sup>16</sup> Cit. en Rama, Carlos, *Sociología del Uruguay*, Buenos Aires, Eudeba, 1965, 58.

<sup>17</sup> Una coalición entre el sector tradicional del Partido Nacional o Blanco liderado por Herrera y el ruralismo de Benito Nardone, ejerció el gobierno entre 1958 y 1962.

<sup>18</sup> La Unión Blanca Democrática, gobernó entre 1962 y 1966. En torno a los proyectos alternativos que impulsó el Partido Nacional en el poder durante la década. Vid. Alonso, R.; Demasi, C., *Uruguay 1958-*



1968: crisis y estancamiento, Montevideo, EBO, 1986.

<sup>19</sup> Cf. Real de Azúa, Carlos, “Política, poder y partidos”, en Luis Benvenuto et al., *El Uruguay hoy...*

<sup>20</sup> Algunos estudios sociales han caracterizado este momento como una primera fase de la crisis hegemónica. Sin embargo, Caetano y Rilla diferencian la crisis del modelo económico de una crisis del subsistema de partidos. Entienden que la alternancia de los partidos como tal, no es indicativa de una crisis política, sino de un giro de la ciudadanía dentro del marco partidario tradicional, en un país donde la coparticipación en el gobierno tenía un fuerte arraigo. Por el contrario, la entienden como un síntoma de buena salud de la “partidocracia” uruguaya. Caetano, Gerardo; Rilla, José, “Los partidos políticos uruguayos en el siglo XX”, en *El Uruguay del siglo XX: la política*. Montevideo, Banda Oriental, Instituto de Ciencia Política, U. de la R., 2003, 26-27.

<sup>21</sup> Turiansky, Vladimir, *El movimiento obrero uruguayo*, Suecia, Ediciones por Uruguay, s.f., v. 2, 92-111.

<sup>22</sup> Vid. Dutrénit, Silvia, *Uruguay: el programa...*, op. cit..

<sup>23</sup> Ibid. En torno a la unificación del movimiento sindical uruguayo y su definición programática, Vid., además Rodríguez, Enrique, *Uruguay: raíces de la madurez del movimiento obrero*, Buenos Aires, s.d.; Turianski, V., *El movimiento...*, op. cit.; Rodríguez, Héctor, *Nuestros sindicatos, 1865-1965*. Montevideo, Centro de Estudiantes de Derecho, 1966; D’Elía, Germán, Miraldi, Armando, *Historia del movimiento obrero en el Uruguay*. Montevideo, EBO, 1984; Sala, Lucía; Landinelli, Jorge, “50 años del movimiento obrero uruguayo” en Pablo González Casanova, (coord.), *Historia del movimiento obrero en América Latina*, México, Siglo veintiuno, 1984, v. 4, 251-329; Lanzaro, Jorge, *Sindicatos y sistema...*, op. cit.; Zubillaga, Carlos; Balbis, Jorge, *Historia del movimiento sindical uruguayo*, Montevideo, EBO, 1988.

<sup>24</sup> Real de Azúa acepta y constata esta alteración en la estructura de las clases dominantes señalada por todos los estudios en torno al periodo. Su propuesta establece algunos matices en cuanto a su significado. El debilitamiento del sector agroexportador y el fortalecimiento del financiero no significaría, en su concepción, que la propiedad de la tierra perdiera relevancia ni que la política oficial desprotegiera a los sectores rurales. Él prefiere “la noción, sin duda menos vistosa de un gobierno general de la clase superior” como más adecuada en términos políticos “que un juego arbitrario de reemplazo de unos sectores por otros”. Real de Azúa, Carlos, “Política, poder”..., op. cit., 190.

<sup>25</sup> Chasqueti, Daniel, “El proceso constitucional en el Uruguay del siglo XX”, en *El Uruguay del siglo XX...*, op. cit., 78-80.

<sup>26</sup> Lanzaro, Jorge *La dictadura militar a cien años de militarismo: apuntes históricos anexos a la*

*exposición de hipótesis teóricas*, presentadas para el examen de doctorado, París, Universidad de París, 1973, 28.

<sup>27</sup> Real de Azúa, Carlos, “Política, poder”..., op. cit., 205-206.

<sup>28</sup> Zelmar Michelini no aceptó el cargo cuando le fue ofrecido por Gestido.

<sup>29</sup> Figura constitucional prevista en el artículo 168, numeral 17, para momentos graves de conmoción interior o ataque exterior, que supone la supresión de algunas garantías constitucionales, equivalentes a un estado de sitio. *Constitución de la República Oriental del Uruguay, Reforma constitucional de 1966*, Montevideo, Ediciones Cabildo, 1967.

<sup>30</sup> En torno al gobierno de Pacheco Areco, vid. Panizza, F., *Uruguay, batllismo y después. Pacheco, militares y tupamaros en la crisis del Uruguay batllista*. Montevideo, EBO, 1990; Caetano, Gerardo; Rilla, José, *Historia contemporánea del Uruguay: de la colonia al MERCOSUR*. Montevideo, CLAEH, 1994, 222-228; Cores, Hugo, *Memorias de la resistencia*. Montevideo, EBO, 2002; Chagas, Jorge; Trullen, Gustavo, *Pacheco: la trama oculta del poder*, Montevideo, Rumbo, 2005.

<sup>31</sup> Zubillaga, Carlos; Pérez, Romeo, *El Uruguay de la dictadura, 1973-1985*. Fascículo 1: *La democracia atacada*, Montevideo, EBO, s.f., 4.

<sup>32</sup> Mills, C. W., *La elite del poder*. México, FCE, 1987, 216-217.

<sup>33</sup> Real de Azúa, Carlos, *La clase dirigente*. Montevideo, Nuestra tierra, 1969, 54.

<sup>34</sup> En torno a las alineaciones partidarias que dieron como resultado un parlamento pusilánime para cortar de raíz en ascenso autoritario, vid. Zubillaga, Carlos; Pérez, Romeo, *El Uruguay...*, op. cit., 5-9.

<sup>35</sup> El motivo esgrimido para la clausura fue la publicación de un manifiesto en apoyo a los principios de la primera Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS).

<sup>36</sup> La enseñanza media había sufrido un intenso boom a inicios de los 60. La matrícula se había más que duplicado, nuevos sectores sociales accedieron a este nivel educativo y resentían sostener a sus hijos en los liceos. Gonzalo Varela, *El movimiento estudiantil de 1968: el IAVA, una recapitulación personal*. Montevideo, Trilce, 2002, 68

<sup>37</sup> En cuanto a los fundamentos concretas de la aplicación del decreto en la fecha indicada, ibid. “Apéndice. Acerca de la implantación de las Medidas Prontas de Seguridad en 1968”, 151-157.

<sup>38</sup> La huelga bancaria de 1969 concitó una amplia solidaridad popular y tuvo una duración de tres meses. Cuando se cumplieron las 144 horas de ausencia, dos mil empleados bancarios fueron declarados “desertores” de acuerdo al código militar.

<sup>39</sup> Vid. entre otros estudios el de Aldrighi, Clara, *La izquierda armada. Ideología, ética e identidad en el MLN-Tupamaros*. Montevideo, Trilce, 2001.

<sup>40</sup> Vid. entre muchos trabajos, Varela, Gonzalo, *De la república liberal al Estado militar: Uruguay 1968-1973*. Montevideo, Ediciones del Nuevo Mundo,

1988; y del mismo autor, *El movimiento...*, op. cit.; Cores, Hugo, *El 68 uruguayo: los hechos, los debates*, Montevideo, EBO, 1997.

<sup>41</sup> Varela, Gonzalo, *El movimiento...*, op. cit., 74.

<sup>42</sup> Vid. Demasi, Carlos, (coord.), *La caída de la democracia: cronología comparada de la historia reciente del Uruguay*, Montevideo, FCU, 1997; Machado, Martha; Fagundez, Carlos, *Los años duros: cronología documentada, 1964-1973*, Montevideo, Monte Sexto, 1987 y Bañales, Carlos; Jara, Enrique, *La rebelión estudiantil*, Montevideo, Arca, 1968.

<sup>43</sup> Vid. Blixen, Samuel, *Seregni: la mañana siguiente*. Montevideo, Brecha, 1997, 54-59; Zubillaga, Carlos; Pérez, Romeo, *El Uruguay*, op. cit., 34.

<sup>44</sup> Conocida popularmente como la “griepfeller”, porque coincidió con la visita de Nelson Rockefeller a Uruguay.

<sup>45</sup> La toma de Pando, una ciudad mediana del interior de la República.

<sup>46</sup> En torno al tema Vid. el libro testimonial de Hevia Coscollueles, Manuel, *Pasaporte 11333*. La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1977; también la reciente obra de Aldrighi, Clara, *El caso Mitrión. La intervención de Estados Unidos en Uruguay, 1965-1973*. Montevideo, Trilce, 2007, v. 1.

<sup>47</sup> Documentos de Itamaratí, desclasificados del Departamento de Estado, así como la denuncia del general retirado Ruy de Paula Couto, embajador de Brasil en Montevideo, a la televisora brasileña, canal 35, del Grupo RBS de Porto Alegre, Brasil pusieron al descubierto una solicitud de Pacheco al gobierno de Emilio Garrastazú Médici de invadir Uruguay en caso de que se procesara una victoria del Frente Amplio en las elecciones de 1971. El plan de Itamaratí, que contaría con el apoyo de Estados Unidos y Argentina, tuvo por nombre “Operación 30 horas”, en alusión al corto tiempo que demoraría el segundo más importante ejército latinoamericano en tomar al pequeño Uruguay. Rodríguez, Roger, “Brasil planificó la invasión a Uruguay en 1971 a pedido del presidente Jorge Pacheco Areco”. *La República*, 15 de enero de 2007. [Periódico en línea] Disponible desde Internet en: <<http://www.larepublica.com.uy>> [con acceso el 30-9-2008].

<sup>48</sup> Rouquié, Alain, *El Estado militar en América Latina*. México, Siglo veintiuno, 1984, 278.

<sup>49</sup> Cf. Buriano, Ana, *El golpe de Estado del 27 de junio de 1973 en Uruguay*. México, UNAM, 1986, 322-328.